

CAPÍTULO III

Como enfermó Verdagner

Sumario: Historia retrospectiva.—La cuestión del obispo Morgades.—Hipocresía de los enemigos de mosén Cinto.—Miseria del poeta demostrada con un autógrafo.—Cómo y de qué manera se perseguía á mosén Cinto.—Documentos.

Si bien se mira tal presentan la cuestión en sus habillitas íntimas, que en público no se atreven, los habilidosos amigos que á última hora le salieron á mosén Cinto, que ellos son los que realmente resultan sus defensores. Los que procuraron que testase libérrimamente no eran desde su punto de vista más que sus verdaderos enemigos, pues le irrogaban perjuicio por malograr la edición monumental de sus obras; los que, secundando los vehementes deseos del enfermo, deseaban le asistiese la familia que libremente se había constituido en el período más azaroso de su vida, no querían su bien ni su salvación eterna porque la familia Durán perjudicaba su buen nombre y empañaba su honra. Y así por el estilo, contrariando las afecciones más caras de su alma, cohibiendo su voluntad, anulándole, someténdole bajo su dictadura y transformándole en maniquí de sus maquinaciones, pretenden pasar por sus verdaderos defensores porque *todo lo hacían por su bien*. Es un sistema de hacer el bien como otro cualquiera; pero librenos Dios de que así nos lo procuren.

Esa conducta la han seguido siempre los detractores de mosén Cinto. Remontando algo en esa tenebrosa historia nosotros descubrimos siempre la práctica del mismo procedimiento. En nuestro poder obran legajos de cartas y documentos del obispo Morgades, de Verdagner y Callís, de Collell y otras personalidades de triste renombre, y todas ellas respiran una ternura vehemente, un amor entrañable para el perseguido; son sus verdaderos, sus únicos amigos; hol-

gadamente se lo ofrecen todo, dinero, posición, á condición de que se someta discrecionalmente á las órdenes de su bondadoso prelado. Collell y Narciso Verdagner insisten una y otra vez en celebrar con él entrevistas en cualquier punto con ánimo de reducirle y convencerle y se quejan amargamente de que ni siquiera se digne contestarles.

Ese silencio era muy natural en quien conocía bien lo que de él se exigía; el menosprecio que debía inspirarle tanta hipocresía está plenamente justificado. Someterse á la autoridad del obispo Morgades equivalía á dejarse recluir como orate en el manicomio asilo de su propiedad, donde su estro genial habría languidecido, falto de luz y ambiente, como una planta tropical trasplantada, y donde su propia vida arrostraba peligro inminente. Documentalmente consta que esa era la orden del obispo. Que se puede contestar á quien nos dijera: «sólo por tu bien deseo que sacrifiques tu personalidad, por la sumisión que á tu prelado debes, consintiendo en pasar por loco sin serlo; que sacrifiques el genio que á Dios le plugo concederte dejando de ejercer la misión que en el mundo debías cumplir; que no intentes salvaguardar tu propia honra de la murmuración que contra tí hemos desatado; sacrifícalo todo á tu obispo y señor porque así lo quiere Dios y así lo juraste al consagrarte al sacerdocio?» Verdagner, que era santo, no contestaba siquiera á ese cúmulo de impiedades ni á esas proposiciones sacrílegas porque su alma cristiana se resistía á discutir siquiera que Dios pudiese exigirle la ejecución de una infamia, que una infamia es mentir y sacrificarse estérilmente á las arrogancias soberbias de un canalla. En este punto Verdagner no podía en conciencia transigir y no transigió; nadie en el mundo puede abdicar de su dignidad, de su entendimiento, de su personalidad, en fin, porque así lo ordene un déspota que no quiere atender á razones y trata sólo de imponer su voluntad omnímoda. Tan criminal hubiera sido Verdagner de ceder en este punto como lo sería el cura que asesinase á un hombre por *santa obediencia* á su prelado. Ni el obispo podía mandar en la forma que lo hizo ni el sacerdote obedecer, mucho más siendo santo como lo era.

Mas ni á mosén Güell, ni á Collell, ni á Verdagner y Callís, ni á Permanyer, ni á tantos otros como intervinieron en el asunto, se les alcanzó siquiera que Verdagner no podía ni debía moralmente transigir ante esa demanda impía, ni permitían que se les plantease la cuestión en sus verdaderos términos.

Su muletilla era esta: el obispo lo exige; hay que someterse, pues, á esa exigencia. Y como no pudieran torcer su voluntad pretendieron recabar su sumisión sitiándole por hambre en su último refugio. Le quitaron la misa y cuanto podía ganar con el ejercicio de su ministerio sacerdotal. La familia Durán, de posición modesta, gastaba lo que no podía buenamente gastar en su favor, amén de la manutención, publicando varias de sus obras de su propio peculio como «En defensa propia», «S. Francesch», «Flors del Calvari», «Jesús infant» que no se pudo pagar, y agotados los recursos llegaron los días lúgubres de la miseria y del hambre. Y de estas fechas arranca la enfermedad que llevó al sepulcro á mosén Cinto. Permanyer, el expresidente de la Unión Catalanista, le dijo un día con una caridad que no deseamos tenga nadie para él ni para sus hijos: *os murireu de fam!*... Cerca le anduvo de que su profecía se cumpliera y no fué ciertamente porque dejasen de trabajarle cuantos secundaban la trama inicua de Morgades. Se alejó de su casa á cuantos podían socorrerle; de tal modo los intrigantes dominaban la situación que allí en donde se iniciaba un proyecto para remediar tanta angustia y penuria, allí acudían solícitos los que *procuraban su bien* para desbaratarlo. Nadie con más colorido, más amargura y más viva inspiración describe esas tretas y esas indignas artimañas que el propio poeta en su artículo *Siti per fam*, página de un relieve literario admirable que conmueve hondamente, padrón de oprobio para sus verdugos. Sus lamentos hirieron más de una vez la opinión que pugnaba en una forma ú otra para manifestarse; mas no llegaban á juntarse los hombres de buena voluntad para formalizar sus nobles aspiraciones por interponerse las sabandijas de siempre. Se inició un día una suscripción que, por el empuje que llevaba, parecía debía llegar

á la meta. Los Sres. Conde y Puerto la encabezaban nada menos que con quinientas pesetas. Mas todo se disipó en el aire como un castillo de fuegos de artificio y á menos de algunos periódicos que entregaron lo recaudado al interesado, no percibió el poeta cosa de provecho que le aliviase de su penuria, pues los de siempre por bajo cuerda frustraron la empresa.

Los barceloneses veíamos al mísero poeta, que ha encumbrado el nombre de Cataluña, con su sotana raída y amarillenta y el manteo con los bajos dentellonados, envejeciendo rápidamente, caído y macilento, cruzar por esas calles. ¿A quién no daba lástima? ¿á quién no inspiraba viva compasión? Al pueblo sí; á los conspicuos del catalanismo que le abandonaron y escusaban su saludo, no, porque entre Morgades y Verdagner no dudaron un momento. Los que pasan por más buenos no levantaron nunca la voz en su defensa ni se apiadaron de su miseria; le esquivaban como á un remordimiento, como si su sola presencia les acusara. En cuanto á los osados, que se engríen de su desvergüenza, esos le maltrataban con un desenfado que parece increíble. La historia es lejana y del desenfreno de esos histriones ya nadie se acuerda. ¿Se quiere, entre mil, una muestra para hacer memoria?... Véase lo que decía el *Teatro Regional*: «*que se 'n vage de Barcelona, ahont li done gust, ahont li plague anar, ab qui vulle; y viatgi; si 'n te ganes, al extranger, mentres surti de Barcelona, etc.*» Y no digamos de otros ¿para qué?

Pues todos esos, y los otros, eran sus verdaderos amigos, los únicos que le querían bien. Y entretanto el infeliz se consumía en la miseria y no comía siempre que le apetecía. El menosprecio de que era objeto, la humillación que sufría en todas ocasiones y con cualquier pretexto, lo soportaba resignadamente ¿pero á esas turbas de maldicientes, acanalladas y soeces, no les imponía silencio el espectáculo de su miseria?

* * *

Escribía mosén Cinto las impresiones más salientes de los días amargos que veía transcurrir, con una monotonía

desesperante, en una libreta grande, como recuerdos íntimos que jamás debían ver la luz, pues más que el literato escribía el hombre. ¡Qué cosas tan tristes se consignan concisamente en una sola línea!... y en algunas, como se ve la exaltación de su espíritu espantosamente agitado por un incidente, al parecer, pueril!... Mueve á compasión cuando apunta la escasez en que él y su familia adoptiva se encuentran en aquel día y cómo salen de apuros. En fototipia y para que nuestros lectores se convenzan de que no exajeramos, reproducimos lo que refiere en 25 noviembre de 1896.

25 de empenyorat las obras de Ferrnín albariá
aunt J. Vellot y Meun, et cartunes per y
la obra de Guenin bene fatate per y B.

A eniema' s empenyorat les obres Ferrnín
per S. Vellot, edició de F. Vellot per 30 r.
A eniema' parat las obras ilustrades San
Jose' e Gironia de los Naya, per 2 B.
obres y de novembra empenyorarem les
obres de Guinera y la memoria obra
de la Verge per 30 r.

Avuy anarim a empenyorar un cuadro m.
raida regalat per n. D. Sarantegui per para.
lo carat y han respost em to Monte Mò que
s' hi tornai demà. No tenim un centim y
dema ja no m' paravan la llet pel café y to
ma, mbs la verge Maria m' ha donat lo
pove Pere Guab a comprarne un exemplar
de cada una de mes obres, sent lo valor
total 23 p y 4 s. cobrada sta la Verge. obres
no' va mantenint fa sis mes.

La situación de mosén Cinto se agravaba de día en día y se hacía insoportable por momentos. La persecución arreciaba cada vez más implacable y feroz, descendiendo á unas nimiedades tan vulgares é inesperadas que no son para referidas; hay que pasarlo para darse cuenta de ello. Mudar de piso, de puro sencillo, resulta trivial para todo el mundo: para mosén Cinto era casi una empresa temeraria, porque elegía uno, concertaba el alquiler, daba sus referencias, y cuando al día siguiente iba á firmar el contrato y pagar, el dueño, informado por *los invisibles* «que sólo se desvelaban por su bien,» se echaba atrás y no había nada de lo dicho. Y como imprescindiblemente debían salir de la Puertaferrisa él y la familia Durán porque los listos que le asediaban habían concitado el vecindario contra el desventurado sardote, previendo nuevos fracasos, Turró tomó el partido de alquilar personalmente el tercero de la calle de Aragón é instalarlos allí contra viento y marea, resuelto á pleitear contra el desahucio, caso de que viniera, y ganar tiempo. Afortunadamente nada de esto ocurrió. Pero sí ocurrió que allí destacaron un enjambre de beatas que recorrieron las tiendas de la barriada escamando á los industriales sobre la nueva familia que les había llovido, pues tal era que debían mirarse muy mucho en la moneda por correr la falsa y cuidar de no fiarles un céntimo que era dinero perdido, y encargando les vigilasen sin quitarles ojo mientras hacían sus compras, pues en destreza para el escamoteo no les igualaba la gitana más taimada. De buenas á primeras el recelo cundió y en cuanto penetraba D.^a Deseada en un comercio, la tendera alarmada llamaba á los de la trastienda para que estuviesen ojo avizor; mas poco á poco se fueron persuadiendo del infundio y no sólo les daban de fiado, cuando así lo pedían, sino que se largaban hasta socorrerlos, en cuya buena obra cooperó no poco un guardia municipal y su esposa, que por allí residían, quienes bravamente les defendían contra todos. Dios se lo pague.

Entre los humildes gozaba mosén Cinto de un gran partito que se demostraba con regalos modestísimos y palabras de consolación. Gentes más ó menos adineradas, que le eran

completamente desconocidos, aparecían á veces en su casa y en una ú otra forma en sus propias manos depositaban el óbolo de la caridad. Para que nuestros lectores se formen una idea plena y cabal de la verdadera situación del poeta, nosotros nos limitaremos á transcribir las noticias sueltas que apunta en su libro de memorias, que nos parezcan más interesantes y pertinentes, de las que dimos una muestra en la fototipia anterior.

«Ahí trobí á Aguiló y entre altres autoritats que tragué contra mon comportament, sortí la de un capellá que digné de mí: Jo ja le he dit: *Requiescat in pace.*»

«10. He estat alguns dies sense poder escriurer cap carta per falta de paper y fins he quedat sense cap ploma que posar; mes avuy se n'es trobada una á casa y Busquets m' ha dut un gran plech de paper sobrant de sa llibreria de Ripoll que ha venuda.»

«No fá gaire vingué á casa un tal... (1) y oferí 5,000 duros á la familia Durán si'm treya de casa.»

«9 febrer. Ha vingut lo tribunal á embargarme per no haverlos pagat á Henrich y C.^a los llibres «Flors del Calvari» y «Jesús infant». A més volen embargarme un cens y la propietat de totes mes obras.»

«3 abril. Lo porter, que fá de majordom de la casa, acaba de vení á cobrar lo mes y'ns ha dit que l'amo li havia dit que havia rebut un feix d'anónims diguentli que'ns traqués de casa y que hi havia anat lo bisbe Morgades en persona á demanarli.»

«3 septembre. Rebí de Abella 5 duros.»

«Ahí feya dos mesos que s'havía de pagar la casa y no hi havia ni per un mes. Avuy se ha rebut 10 duros de Jacinto Domec.»

«22. Fa 8 dies encarreguí una sotana al sastre Joseph Fort. Me la enviada avuy á la tarde y no podentla pagar al acte se la'n portada.»

«25. Monmany me portá 5 duros, un meló y un cistell de peras y pressechs en lo día últim que'n du á la plassa.»

(1) Por razones fáciles de comprender suprimimos el nombre y señas que en esta nota constan.

«26. Una dona demana per mí á la porta, dexa un parell de pollastres y se'n vá tota avergonyida sense volerme veure ni dar lo nom.»

«19. Es vinguda á veurem D.^a Antonia Felise, viuda de Planas, mare del poeta mossén Planas, rector de Figueras, que al cel sia. Hacontat d'un jesuita que digué parlant de mon assumpto:

«Lo Marqués de Comillas ho ha fet aixís y es home de molta conciencia.» Lo mateix dirá 'l Marqués del P. Goberna, del P. Sanz y del P. Vinuesa: Ells m' ho han aconsellat aixís y son homes de molta conciencia. Tots ells dirán lo mateix del Sr. Bisbe de Vich y ab molta conciencia y per gent caritativa y santa he estat portat á les portes del manicomí y se m' ha vingut á agafar com á un criminal, se m' ha prés la missa, etc., y se m' ha volgut endogalar y escanyar de mil maneres.»

«1 octubre. D. Modest Gamarra me du 11 duros suscripció del Casino del Comers de Tarrassa. L' afany de aquell home, desconegut per mí, que ha vingut dues vegades expressament á Barcelona empleanthi gran part de dos dies, després de haver fet, armat, y portat la suscripció de Tarrassa, m' ha impressionat.»

«Son mos contraris los que fan corre que tinch la missa á fi de que ningú 'm done res.»

«9. He anat á veure á Joanet Batlle si havia venudes algunes obras meves. No haventne venude mes que una li he demanat si me podia dexar algún diner. M' ha posat á la ma un duro y mitx. Sortit de casa seva m' he escaygut de passar per devant de casa Joseph Palau que entrá á casa del Marqués ab 30,000 rals al any cuan jo 'n sortia carregat de dentes. Mes enllá m' ha passat per prop D. Hemeteri Alcover, que s' ha fet rich en poch anys d' estar en la casa, y ha girat la cara per no veure al pobre capellá que hi ha dit missa 17 anys á quarts de dotze per sortirne á puntades de peu.»

«26. Tot afeytantme 'l barber de devant de Montession m' ha demanat si 'm deya Jacinto; responentli jo que sí m' ha dit que seria J. Verdaguer. Ha afegit que no me conexia pero que jo había auxiliat molt á son padrastrre Fernández,

que había sigut empleat en lo port de Santander, ab 5 duros cada mes, pensió que l' había assenyalada 'l marqués pero que la dexá de rebre quan jo sortí de la casa. Se m' ha mostrat enteradíssim de mos assumptos y al anar jo á pagar m' ha dit dues vegades: «No se enfade usted; venga siempre á afeitarse aquí pero no puedo cobrar de ninguna manera.» Yo insistía en ferho y ell m' ha respost que si á cas cobrará quan jo diga missa. Al sortir de la casa me venían les llágrimas als ulls.»

Así por el estilo podríamos seguir transcribiendo impresiones y sucesidos del pobre vate, brevemente apuntados con una ingenuidad conmovedora, que demuestran hasta qué punto y con que saña le perseguían *los verdaderos amigos que solo procuraban su bien*, y como nuestro pueblo se compadecía de su inmenso infortunio. La cita de aquella mujer que le lleva dos pollos y huye como corrida de su noble acción; la del frutero que le lleva cinco duros y una cestita de melocotones; la de Gamarra ó Samarra (que no resulta claro en el manuscrito), y tantas y tantas otras como anotadas quedan en esa preciosa libreta, y que no podemos publicar por su mucha extensión, bien á las claras nos enseñan que si Mosén Cinto no murió de hambre fué por la piedad de los humildes, que los poderosos, y los que más le estaban obligados, ó le volvieron la cara ó le abandonaron friamente como á un náufrago á quien se niega auxilio.

Al buen entendedor lo transcrito le basta para que se haga cargo. A los que le persiguieron y á los que consintieron pasivamente que la obra infena se consumara, no tratamos de convencerles: ya están convencidos. Para todos los hombres de recta conciencia la cuestión está ya juzgada.

Los que le sumieron deliberadamente en la miseria, ayudando á Morgades, sembraron en sus pulmones la enfermedad que pocos años después le llevó al sepulcro: fueron los ejecutores del crimen; los que, pudiendo, no quisieron evitarlo y se callaron para no malquistarse con sus poderosos enemigos, fueron los cómplices. Unos y otros delinquieron; Dios se lo tendrá en cuenta... y nosotros también conforme se irá viendo en el transcurso de esa historia bochornosa.

CAPÍTULO IV

La defensa de Verdaguer

Cómo y por qué se defendió en la prensa liberal.—Juicio que merecía esta defensa á sus enemigos.—Carta de Narciso Verdaguer.—Comentarios.

Por los textos aducidos y los muchos hechos referidos, se ve, claro como la luz, hasta qué punto llegaba el desamparo de Verdaguer. Pretendieron declararle loco y no pudieron lograrlo; le calumniaron de libertino y de estafa para desconceptuarlo ante la opinión, y no acabaron de convencerla en cuanto tomó la defensiva porque el acento de la verdad es como la miel derretida: lo penetra todo. Procuraron entonces cegar todo ingreso para obligarle á rendirse por hambre. Cerca le anduvo que la predicción de Permanyer se cumpliera; pero no lograron más que enfermarlo.

El relato de esta historia se presta á tristísimas consideraciones. Hemos visto á curas que han disentido de sus preladados con mejor ó peor fundamento, sin que por esto se les haya mancillado, no ya en cuestiones de conducta, sino hasta en asuntos doctrinales. Todos recordamos los nombres de Sardá y Sanvany, de Mateos Gago, de Benito Turró y tantos otros, y sin embargo no se les persiguió con la saña que se usó contra Verdaguer. ¿Es que era más grave el disentimiento de Verdaguer respecto de Morgades que el de estos capellanes para con sus preladados respectivos? Nada de esto. Verdaguer no discrepaba un ápice en punto á doctrina de la Iglesia, y en cuanto le hubiesen señalado algo dudoso habría rectificado y abjurado hasta de los errores posibles, ya que concretos no los había. Solo en un punto se declaró en franca rebeldía contra su prelado. Quería éste que se sometiese discrecionalmente hasta dejarse recluir en un

manicomio y Verdaguer dijo resueltamente que no. Nadie puede señalar otro punto de disentimiento; nadie que haya estudiado en serio ese proceso puede aducir otro motivo. ¿Quién estaba en lo firme?

Acosado el santo poeta por todas partes, como una pieza que hay que cobrar á todo evento, tuvo al fin que defenderse con la única arma de que disponía: la pluma. Mas sus escritos, que por ser suyos son de una valía inestimable, no serían admitidos ni en la prensa católica ni en la que aparenta serlo. Apeló entonces á la prensa liberal, que le abrió las puertas de par en par, y *La Publicidad*, *La Opinión*, *El Diario del Comercio* y otros, publicaron sus artículos, modelo acabado de una prosa catalana desconocida hasta entonces en nuestra región. La prensa catalanista no secundó esa buena obra; parte de ella enmudeció vergonzosamente y la más batallona le colmó de groserías.

Y véase lo que ocurrió: tan faltos andaban sus adversarios de argumentos conque rebatirle y de pecados que atribuirle, que lo más saliente que en sus sanhedrines aducían para demostrar que era un perdulario, era esto: *que escribía en la prensa impía*.

De suerte que se le rehusa espacio en la prensa que más obligada venía á defenderle: le cierra sus columnas la prensa catalanista, la católica y la pseudo-católica, que acoge mordaz cuanto le zahiere y mancilla, y luego cuando se sincera y vuelve por su buen nombre en el único púlpito que sus enemigos no pueden cerrarle, se le moteja y exco-mulga, no por lo que dice al vindicarse de tanto ultraje, que en eso no quieren entrar por lo que les duele, sino por decirlo desde *La prensa impía*! Todo esto será muy hábil, pero aparte de que no convence á ningún católico sincero sino abdicó previamente de la facultad de pensar, se nos figura muy poco cristiano.

Nadie se atrevía á argüir contra Mosén Cinto; nadie intentó rectificar las historias que contaba, impugnar las infamias que sacaba á la vergüenza pública saltando del banquillo y acusando públicamente á sus enemigos, citándoles por sus nombres y señalándoles; nadie desmintió sus asertos,

nadie replicó, nadie se sinceró; á una, y de común acuerdo, callaron todos aguantando el chubasco, y se limitaron á deplorar el escándalo sin censurar á los miserables que lo provocaron y sin querer ver que solo por medio de una publicidad amplia que llegase á conmover hondamente la opinión pública se pondría á raya el desenfreno de sus perseguidores, le dejaría en paz el señor Sánchez de Toledo, los sabuesos de la policía y los mozos de la escuadra. Ellos no quisieron ver nunca nada de esto, y, por temer la luz, en la sombra gruñían santiguándose y persignándose: ¡qué escándalo! ¡qué escándalo!...

Que bien os conocía Aquel que os llamaba *sepulcros blanqueados!*... Que bien os conocía Aquel que inspiraba á S. Mateo estas palabras: *necesario es que haya escándalos, pero ¡ay del que los ocasional más le valiera que le colgasen al cuello una rueda de molino y le arrojasen al mar.*

El estado de ánimo del beaterio, que secundaba á Morgades, con la publicación de las cartas de Mosén Cinto *En defensa propia*, lo pinta admirablemente el siguiente párrafo de una carta de Narciso Verdaguer y Callís fechada en 12 de agosto de 1895. Dice así:

«Fujo de pendre çap responsabilidad en eix escándol que vosté cada día arbora devant del públich; escándol gravísim ab que vosté 's tanca els camins de la rehabilitació en aquella estima que per la nomenada de son talent y de ses virtuts, havia adquirida tan gran com may ningú l' haja tinguda en la nostra terra; escándol ab que V. fa alegrar y cantar gloria á la impietat devant de la religió, pasmada, entristida de veure tornas contra d' ella son millor y mes pur prestigi; escándol ab que vosté enllora y desvirtua una vida de treballador incomparable en la vinya del Senyor, y una llista de obras que, embolcalladas ab la aureola d' aquesta nomenada, haurían fins á la fi del segles, sembrat en lo cor de las generacions l' amor á Deu y á la patria catalana; escándol terrible, del que 'l mal mes xich, ab tot y ser molt gros devant de Deu, será la difamació de D. Claudi, la del Senyor Bisbe de Vich, y la de la meva persona, que es, de segur, l' única que hu pot merexer.

»La publicidad que vosté ha donada y dona als seus tristos assumptos es un obstacle á la tornada de vosté als seus antichs, beneyts y gloriosos camins. Cada ratlla que vosté dona als diaris es una empenta á exa bola de neu que rodolant se engroxeix...» etcétera.

Prescindamos de lo macarrónico de ese catalán, digno de un municipal exótico, y ateniéndonos al fondo de nuestro asunto, claramente se colige que no se dolían los enemigos de Verdaguer de cuanto se le hacia por malo que fuese; lo que les dolía era que lo dijese, porque ellos opinaban que debía callárselo y no poner en la picota al obispo, á sus primos y demás seguidores. Ellos dirían que el pecado de escándalo es un grave pecado y más en boca de un sacerdote; no miran quien lo provoca ni quienes son los culpables, que esa vista no les trae cuenta; se fijan solo en el *gran pecado* (!!!) como si fuesen ellas las víctimas verdaderas de esa difamación. A todo lo cual podría argüirles mosén Cinto; pero ¿es que el artículo de *La Unión Católica* en que se me tilda de loco se ha hecho é impreso por sí solo? ¿es que lo reproduce *El Noticiero* y *La Vanguardia* en nuestra ciudad por solo el gusto de mortificarme? ¿es que el gobernador manda prenderme y por puro capricho la ha dado conmigo y no por influencias superiores? ¿es que el rosario de sucesos que cada día me ocurren con esto y aquello y lo de más allá, surgen por generación espontánea y no obedecen á causas superiores que los mueven?...

Empeñarse en colgar á mosén Cinto el papel de difamador, no es convincente. Rêalmente, si se hubiese llamado, no habría padecido la excelsa fama del obispo, ni de Verdaguer y Callís, ni de cuantos formaban en esa cola; pero también habría resultado que habría sido llevado *entre gent d'armes* donde Morgades quería y habría muerto en un manicomio. Se necesita una lógica... excesivamente convencional para acusar á una víctima acorralada de que use el arma única de que dispone para defenderse é imputarle esa acción como un crimen. Y cuando semejante acusación se hace por sus verdugos y se disputa pecaminoso que la víctima se defienda, entonces no hay calificativo

apropiado en la lengua castellana que se le pueda aplicar, pero en catalán sí, pues es indudable que para razonar así se necesita... *barra*.

Hasta qué punto llegaba el desamparo de mosén Cinto, aparte de cuanto llevamos consignado anteriormente, se evidencia con solo fijarse en que hasta los suyos, los de su propia sangre, se asombraban, como de una cosa inesperada, casi imposible, de que apelase al derecho de defensa. Y es que no contaban con eso habituados á traerle y llevarle como un manso cordero y según les venía en ganas; es que no pudieron nunca imaginar que aquel hombre, de un carácter tan anodino, de una voluntad tan floja, pudiese llegar á reaccionar y hacerles frente, que si Morgades llega á barruntarlo con seguridad se mira muy mucho en meterse en ese fregado, porque entrañas no tendría, pero de tonto... tampoco tenía un pelo.

CAPÍTULO V

Los amigos de Verdaguer

Sumario: Conducta de los *felibres* provenzales con Mosén Cinto.—Juicios que les merecían los catalanistas de Barcelona.—Cartas de Pépratx.—Los Juegos Florales y Verdaguer.—Paralelo entre la conducta de los *felibres* y los literatos catalanistas.

Cuando los enemigos del santo poeta llegaban á escandalizarse hasta de que utilizase en su provecho el sacratísimo derecho de defensa, cabe imaginar que su triunfo era completo. Era mosén Cinto un vencido en toda la línea; tan esclavo que podía repetir la frase de Tácito: *hasta el llanto me está prohibido*. Encastillado en su casa, cuando se echaba á la calle sólo despertaba en los humildes un sentimiento de conmiseración; sus conocidos ó esquivaban su salud pasando de largo distraídamente (?), ó si le hablaban era para mortificarle con ironías ó cruentas alusiones. *Locuti sunt labiis et moverunt caput*: he aquí el psalmo que á cada instante recordaba. Sus antiguos amigos habían claudicado; ninguno de ellos afrontó las iras de sus perseguidores saliendo donadamente á su defensa. Casi se puso de moda no mentar á mosén Cinto para nada *entre personas decentes* como si se tratase de un asunto molesto que había que relegar al olvido. Ni el Ateneo Barcelonés, ni la Academia de Bellas Letras, de la que era socio numerario, ni ninguna asociación literaria de Barcelona, salió al palenque ni para defenderle ni para allegar recursos que remediasen su penuria. «La Lliga de Catalunya» y «La Unió Catalanista» le abandonaron por completo; sólo nos parece recordar que á partir de 1897 la «Associació Escolar» le llamó á su seno para presidir algunas veladas. Publicó el «Sant Francesch», y los de la curia eclesiástica no quisieron otorgarle las licencias sin hacer mangas y capirotos con sus divinos ver-